



# LA CASA

ESPACIOS DOMÉSTICOS  
MODOS DE HABITAR

**ABADA EDITORES**

Este Congreso ha contado con una ayuda del Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Granada obtenida en concurrencia competitiva.



UNIVERSIDAD  
DE GRANADA

© De los textos, sus autores, 2019

© Abada Editores, s.l., 2019  
C/ Gobernador, 18  
28014 Madrid  
www.abadaeditores.com

**Imagen de portada:** La cabaña primitiva, frontispicio realizado por Charles-Dominique-Joseph Eisen para el *Essai sur l'architecture* de Marc-Antoine Laugier, edición de 1755  
Fuente: ETH-Bibliothek Zürich

**Imagen de contraportada:** Grabado encabezando el capítulo "Adspetus Incauti Dispendium" del libro de Theodoor Galle *Verdicus Christianus*, 1601  
Fuente: Vilnius University Library

ISBN 978-84-17301-24-8  
IBIC AMA  
Depósito Legal M-607-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970).



UNIVERSIDAD  
DE GRANADA



BLOQUE TEMÁTICO 4  
**La casa: mitos, arquetipos, modos de habitar**

<b>Notas sobre la casa como jardín.....</b>	1104
Xavier Monteys	
<b>Interiores de exteriores. La otra raíz del habitar.....</b>	1116
José Morales Sánchez	
<b>Género y modos de habitar en la Andalucía del siglo XIX.....</b>	1127
Juan Manuel Barrios Rozúa	
<b>La casa veneciana, desde fuera.....</b>	1139
Francisco A. García Pérez	
<b>Muerte de la ciudad y desintegración de lo urbano. La casa como refugio.....</b>	1151
Juan Carlos Reina Fernández	
<b>The Home and Its Transformations in the Daily Life of a Brazilian Social Housing Complex.....</b>	1164
Fernanda Andrade dos Santos, Eda Maria Góes	
<b>El jardín secreto de Luis Barragán.....</b>	1177
Paloma Baquero Masats, Juan Antonio Serrano García	
<b>A «Part of Sky and a Part of Sea, Even Alone»: Luigi Moretti Villas.....</b>	1189
Gemma Belli	
<b>La cocina como principal motor de cambio en la vivienda moderna y contemporánea.....</b>	1199
Juan Bravo Bravo	
<b>Casa contra arquitectura, Bernard Rudofsky y el “arte de habitar”.....</b>	1212
Alejandro Campos Uribe, Paula Lacomba Montes	
<b>El espacio doméstico en las exposiciones: nuevos conceptos durante la 2ª mitad del s. XX.....</b>	1224
Manuel Carmona García	
<b>La cocina-moderna en la vivienda colectiva española de la primera mitad del siglo XX.....</b>	1236
María Carreiro Otero, Cándido López González	
<b>Espacios de sombra y aire, transiciones en la arquitectura mediterránea.....</b>	1248
Antonio Cayuelas Porras	

## **Género y modos de habitar en la Andalucía del siglo XIX** *Gender and Ways of Living in 19th Century Andalusia*

**Juan Manuel Barrios Rozúa**

Doctor en Historia del Arte, Profesor titular, Universidad de Granada, jmb@ugr.es

---

### **Resumen**

En el siglo XIX el modo de habitar una vivienda era muy diferente según los géneros, y experimentó una notable evolución en un periodo en el cual la mujer fue ganando peso en la unidad familiar y visibilidad en la vida social. En este trabajo se confrontan los modos de habitar en dos tipos de hogares muy distintos, la espaciosa y compleja casa señorial y las casas de vecinos, donde la estrechez del espacio destinado a la unidad familiar obliga al uso de ámbitos colectivos. La investigación se centra en el último tercio de siglo XIX en Andalucía, periodo en el cual el impacto de la Segunda Revolución Industrial comenzaba a acusarse en los hogares de los países más desarrollados.

**Palabras clave:** vivienda, género, clase social, Andalucía, siglo XIX

**Bloque temático:** La casa: mitos, arquetipos, modos de habitar

---

### **Abstract**

*In the nineteenth century the way of inhabiting a house was very different according to gender, and experienced a remarkable evolution in a period in which the woman was gaining weight in the family and became more visible in social life. In this work, the ways of living in two very different types of homes are confronted: the broad and complex bourgeois house, and the houses of neighbors, where the space destined for the family forces the use of collective spaces. The research focuses on the last third of the nineteenth century in Andalusia, period in which the impact of the Second Industrial Revolution began to be felt in the homes of more developed countries.*

**Keywords:** housing, gender, social class, Andalusia, 19th century

**Topic:** The house: myths, archetypes, ways of living



## 1. La casa señorial

En la Andalucía de la segunda mitad del siglo XIX por casa señorial se entendía aquella vivienda unifamiliar que habitaba una familia con las suficientes rentas como para mantener una espaciosa residencia de dos o tres plantas. El calificativo de señor y señora lo daba la riqueza, que permitía contar con varios empleados domésticos. En este tipo de casas podríamos encontrar variantes según el nivel de renta y la ubicación urbana o rural, pero todas tenían en común la amplitud y la diversidad de los espacios interiores, unos de representación y otros íntimos, dependencias para el alojamiento de los criados, lugares en los que recibir a los clientes, trabajadores o arrendatarios, caballeriza o cochera, y trasteros y almacenes.

Como ejemplo para esta investigación voy a tomar la casa señorial que Juan Valera nos describe con precisión en sus escritos, los cuales abarcan novelas realistas, ensayos y correspondencia.<sup>1</sup> Aunque la mayoría de sus novelas están ambientadas a mediados del siglo XIX, sus observaciones se apoyan en lo que observó durante la primera etapa de la Restauración canovista. Su adscripción a la tendencia literaria del realismo queda patente en esta aseveración que hace en una posdata de *El doctor Faustino*: «Mi intento es hacer una pintura de las costumbres y pasiones de nuestra época; una representación fiel y artística de la vida humana».<sup>2</sup> Las novelas de Juan Valera se desarrollan en localidades imaginarias que reproducen con marcada fidelidad la población de Doña Mencía y la de poblaciones próximas como Cabra, Baena, Castro del Río o Priego de Córdoba. Todas estas localidades tienen rasgos análogos con las áreas fronterizas de las provincias de Granada y Jaén. Es más, los arquetipos que establece son extensibles en muchos aspectos a las viviendas de las clases pudientes de toda la Andalucía rural; así lo pone de manifiesto el propio escritor al señalar, por ejemplo, que «Los patios, en Córdoba y en otras ciudades de la provincia, son como los de Sevilla».<sup>3</sup>

Valera describe en sus escritos una tipología de doble vivienda como la casa habitual de las familias acomodadas. La vivienda principal sería el señorío, estructurada en torno a un bello patio y con elegantes muebles, algunos de aire cosmopolita. La vivienda accesoria es la casa de campo, que es rústica y agrícola tanto en su patio como en sus dependencias, y sirve de alojamiento de criados y jornaleros.<sup>4</sup> Cada una de las partes de esta doble vivienda tiene su propia entrada, dando la principal siempre a una calle o plaza destacada del pueblo, y la segunda hacia una calle secundaria o directamente orientada al campo. Esta doble vivienda encaja perfectamente con la tipología de «casa de grandes propietarios» andaluces que describe el antropólogo Juan Agudo Torrico<sup>5</sup>, y con las «casas grandes del sur de la provincia

---

<sup>1</sup> Las novelas de Juan Valera constituyen una fuente privilegiada para aproximarse a la vida cotidiana del siglo XIX por la precisión descriptiva que las caracteriza, máxime cuando podemos contrastar sus obras de ficción con una amplia correspondencia y con varios trabajos periodísticos de sabor costumbrista, entre ellos el ensayo «La Cordobesa» (1872), donde prefigura los tipos y escenarios de su mejores novelas: *Pepita Jiménez* (1874), *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875), *Doña Luz* (1879) y *Juanita la Larga* (1895).

<sup>2</sup> Juan Valera, *Las ilusiones del doctor Faustino* (Madrid: Castalia, 1970), 448.

<sup>3</sup> Juan Valera, ensayo «La Cordobesa», en *Obras completas*, vol. I (Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 1995), 958.

<sup>4</sup> Así describe una casa en el *Doctor Faustino*: «Constaba esta vivienda, como la de muchos otros ricos hacendados de Andalucía, de dos casas antiguas, en comunicación: la de los amos y la que se llama siempre *casa de campo*, aunque esté en el centro de la población». Valera, *Las ilusiones...*, 58.

<sup>5</sup> Juan Agudo Torrico, «Vivienda tradicional», en *Arquitectura vernácula* (Sevilla: Publicaciones Comunitarias, 2001), 103-105.

de Córdoba» que analiza el historiador Arturo Ramírez Laguna,<sup>6</sup> lo que confirma el apego a la realidad en las descripciones de viviendas de Valera. Aquí me ocuparé solo de la casa de los señores, pues la casa de campo tiene mucho en común con las casas de vecinos que luego analizaré.<sup>7</sup>

## 2. La vida en una casa señorial en Doña Mencía

La fachada principal de la casa señorial es de cierta prestancia arquitectónica y, si la familia goza de ascendiente nobiliario, puede tener una portada de piedra e incluso un escudo. El portón de madera está generalmente abierto permitiendo ver desde el zaguán un patio enlosado y con galerías sostenidas por columnas, amenizado por una fuente y por numerosas macetas. Además del patio la casa puede contar con un jardín ubicado a espaldas o en un costado. En las estaciones cálidas la mujer puede pasar mucho tiempo en el patio, realizando tareas de costura, charlando o cuidando de las plantas.<sup>8</sup> Pero el patio no tiene por qué ser solo un ámbito femenino. Cuando en verano buena parte de la vida se traslada a la planta baja para huir del calor, el patio, protegido del sol por un toldo, es un espacio en permanente uso, hasta el punto de que el señor de la casa puede tener allí el despacho, como vemos en *Doña Luz*, donde trata «con chalanes, corredores, rabadanes, aperadores, capataces y caseros».<sup>9</sup> En la planta baja hay por lo menos un amplio salón con piano, que es el lugar donde se suelen desarrollar las reuniones, celebraciones familiares y festividades religiosas como el Día de la Cruz.<sup>10</sup>

En el piso principal destaca la cocina, con una gran chimenea siempre encendida en invierno. La cocina no es exactamente lo que nosotros entendemos hoy —un funcional taller para preparar alimentos, algo que entonces realizaba una criada en la vivienda de los servidores—, sino una sala de estar en la que los señores se sientan en unos sillones mirando al hogar durante los días fríos. Aunque no falten peroles o cacerolas, el lugar está decorado con elementos vinculados a la afición masculina por excelencia, la caza.<sup>11</sup> Junto a la cocina y bien controlada por la señora hay una despensa en cuyos anaqueles «suele conservar, con próspera y rica profusión, un tesoro de comestibles».<sup>12</sup> Cerca de la cocina puede haber dos comedores, uno suntuoso y otro más modesto de diario, con sólidas mesas y chineros para guardar las vajillas finas. Hay además un salón o varios salones de respeto que solo se abren en momentos especiales. Pueden estar decorados con retratos de tamaño natural, buenos

<sup>6</sup> Véase su precisa descripción acompañada de un plano en: Arturo Ramírez Laguna, "Arquitectura popular. La vivienda tradicional en la provincia de Córdoba", en *Córdoba* (Córdoba: Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, 1985), 304-307.

<sup>7</sup> De las casas cordobesas, tanto de la parte del "señorío" como de la "casa de campo" me he ocupado con amplitud en: Juan Manuel Barrios Rozúa, "Vivienda y género en la Andalucía de Juan Valera", *Arenal*, n.º 21, (2014): 47-68.

<sup>8</sup> Véase una precisa descripción de un patio en: Valera, ensayo "La Cordobesa" ..., 958-959.

<sup>9</sup> Juan Valera, *Doña Luz* (Madrid: Iter ediciones, 1970), 58-59.

<sup>10</sup> Véanse ejemplos de fiestas en: Juan Valera, *Pepita Jiménez* (Madrid: Espasa-Calpe, 1963), 104 y Valera, *Doña Luz* ..., 71.

<sup>11</sup> En *Las ilusiones del doctor Faustino* se hace esta interesante descripción [Valera, *Las ilusiones*..., 114]. Escribe en el ensayo "La Cordobesa": «si el amo de casa es cazador, no faltan perdices y codornices cantoras en sus jaulas, y las escopetas y trofeos de caza adornan las paredes. En torno del hogar, casi en tertulia con los amos, vienen a colocarse los galgos y los podencos». Valera, ensayo "La Cordobesa" ..., 959.

<sup>12</sup> De ellos hace Valera una profusa descripción en: Valera, ensayo "La Cordobesa" ..., 948-949.

muebles y una chimenea, pero al estar cerrados habitualmente, resultan poco acogedores. Así se describen todas estas dependencias en *Doña Luz*:

Había un gran comedor, otro comedor pequeño para diario y varios salones de respeto, que no se abrían sino en las ocasiones solemnes, y donde, entre otras preciosidades, don Acisclo, sus hijos, hijas, yernos y nueras, todos resplandecían retratados al óleo [...]. Todo esto era en el piso principal, donde había dos chimeneas, que allí llamaban francesas, y que no se encendieron sino cuando vino el obispo, en pleno invierno [...]. Pero, en cambio, había una magnífica cocina de señores, con chimenea de campana de muchísimo tiro, donde ardía siempre, durante la estación fría, abundante leña de olivo y de encina, y rica pasta de orujo; donde rara vez se guisaba, y donde los señores se calentaban muy a su sabor. En esta cocina adornaban las paredes varias jaulas de perdices puestas sobre repisas, escopetas y otras armas, y algunas cabezas de ciervos, lobos, zorros, tejones y garduñas, muertos por don Acisclo.<sup>13</sup>

La señora es el alma de la casa señorial, mientras el señor pasa buena parte de la jornada fuera de ella. Cuando el hombre vuelve al hogar, la autoridad que exhibe fuera de él puede diluirse frente a la mujer, que es ama y señora de toda la vivienda, y no solo de las dependencias específicamente femeninas. Juan Valera señala que la «cordobesa es todo vigilancia, aseo, cuidado y esmerada economía». Ella tiene «las llaves de la despensa, de las alacenas, arcas y armarios». Aunque de guisar o limpiar se encargan las criadas, ella dirige todas las operaciones.<sup>14</sup>

La señora tiene su propio espacio en la casa; en *Pepita Jiménez* y en *Doña Luz* el ámbito más íntimo de la señora se compone de tres piezas comunicadas: alcoba, tocador y despacho. El mobiliario de estas habitaciones es numeroso, cómodo y práctico, habiendo muebles que trascienden el gusto regional. El toque femenino lo acentúa la presencia de plantas y jaulas con pájaros, con las que en expresión de Valera se «poetizan las estancias». Si es posible las ventanas de estas habitaciones dan al jardín, buscando un íntimo contacto con la naturaleza.<sup>15</sup> Al despacho o salita solo acceden los amigos más íntimos y el aperador para supervisar las cuentas. Así se describen las dependencias de Pepita Jiménez:

Pepita estaba en una sala alta al lado de su alcoba y de su tocador, donde nadie, salvo Antoñona [una criada], entraba jamás sin que llamase ella.

Los muebles de aquella sala eran de poco valor, pero cómodos y aseados. Las cortinas y el forro de los sillones, sofás y butacas eran de tela de algodón pintada de flores; sobre una mesita de caoba había recado de escribir y papeles; y en un armario, de caoba también, bastantes libros de devoción y de historia. Las paredes se veían adornadas con cuadros, que eran estampas de asuntos religiosos [...].

Sobre una antigua mesa de roble, sostenida por columnas salomónicas, se veía un contadorcillo o papelera con embutidos de concha, nácar, marfil y bronce, y muchos cajoncitos donde guardaba Pepita cuentas y otros documentos. Sobre la misma mesa había dos vasos de porcelana con muchas flores. Colgadas en la pared había, por último, algunas macetas de loza de la Cartuja sevillana, con geranio-hiedra y otras plantas, y tres jaulas doradas con canarios y jilgueros.

---

<sup>13</sup> Valera, *Las ilusiones ...*, 58-59.

<sup>14</sup> También dirige firme otra difícil operación: «La matanza se hace una vez al año en cada casa medianamente acomodada; y en aquella faena suele lucir la señora su actividad y tino. Se levanta antes que raye la aurora, y rodeada de sus siervas dirige, cuando no hace ella misma, la serie de importantes operaciones». Valera, *Obras completas ...*, 957.

<sup>15</sup> Valera, *Las ilusiones ...*, 161.

Aquella sala era el retiro de Pepita, donde no entraban de día sino el médico y el padre Vicario, y donde a prima noche entraba sólo el aperador a dar sus cuentas. Aquella sala era y se llamaba el despacho.

Pepita estaba sentada, casi recostada en un sofá, delante del cual había un velador pequeño con varios libros.<sup>16</sup>

Un cuadro muy similar presentan «los tres o cuatro cuartos» que pertenecían exclusivamente a Doña Luz, destacando uno que «tenía todo el *confort*, toda la elegancia de un saloncito de una dama madrileña de las más *comm'il faut*», con dos ventanas abiertas hacia un huerto:

Dentro del saloncito había asimismo plantas y flores en vasos de porcelana. Una jaula grande encerraba multitud de pájaros que alegraban la estancia con sus trinos y gorjeos. Tenía doña Luz dos primorosos escritorios antiguos, con cajoncitos y columnitas, llenos de incrustaciones de marfil, ébano y nácar; cómodos sillones y sofás, una chimenea *francesa* mejor construida que las otras que había en la casa; espejos, cuadros bonitos y un armario lleno de libros lujosamente encuadernados.

Sobre una mesa de escribir se parecía el mejor cuadro [*La pasión de Cristo*, de la escuela de Morales], o al menos el que doña Luz estimaba más.<sup>17</sup>

La religiosidad de la mujer cordobesa quedaba de manifiesto en la presencia en sus dependencias de estampas, cuadros y libros devocionales. En la habitación de Costanza, personaje de *El doctor Faustino*, encontramos en el lado opuesto al de la cama «un altarito, con dos velas encendidas y sobre el altarito, una Purísima Concepción de talla, bastante bonita».<sup>18</sup> Para el incrédulo Juan Valera, mientras que en «los hombres ha cundido la impiedad» por la difusión de modernas teorías políticas y filosóficas a través de la enseñanza y los periódicos, «no hay cordobesa que no sea profundamente religiosa» e indiferente a los «tiquis miquis» filosóficos.<sup>19</sup>

En cierta manera las estampas devocionales y altaritos que pueden verse en las habitaciones femeninas entrarían, junto con las jaulas, macetas y floreros, en la categoría de los *bibelots*, esos objetos caprichosos que contribuían a crear un ambiente burgués cuya riqueza superflua distinguía la habitación de una señora de la de una campesina.<sup>20</sup> Por otra parte, que en las dependencias de las mujeres encontremos libros, aunque solo sean devocionales, no deja de ser un paso adelante en una sociedad en la que unos lustros antes Richard Ford señalaba: «A los hombres no les gusta verlas leer, y las damas mismas consideran que este acto es perjudicial para el brillo de sus ojos, y sostienen que la felicidad está en el corazón, no en la cabeza».<sup>21</sup>

En la casa no existe un cuarto de baño tal cual lo entendemos hoy y si la señora desea darse un baño completo, algo muy raro e incluso mal visto moralmente, se instala para la ocasión un lebrillo.<sup>22</sup> Si la señora tiene una hija, es muy probable que para controlarla mejor su habitación

<sup>16</sup> Valera, *Pepita...*, 104-105.

<sup>17</sup> Valera, *Doña Luz ...*, 70 y 74.

<sup>18</sup> Valera, *Las ilusiones ...*, 161.

<sup>19</sup> Valera, ensayo «La Cordobesa» ..., 967.

<sup>20</sup> Ettore Camesasca, ed., *Historia ilustrada de la casa* (Barcelona-Madrid: Noguer, 1971), 364-367.

<sup>21</sup> Richard Ford, *Manual para viajeros por España*, vol. 2, *Andalucía* (Madrid: Turner, 2008), 46.

<sup>22</sup> En Juanita la Larga suscita escándalo que una marquesa se haga llevar a su habitación «un enorme lebrillo y dos grandes jarros de agua» para bañarse. Juan Valera, *Juanita la Larga* (Madrid: Castalia, 1985), 166.



comunique con la de la madre e incluso tenga que entrar y salir por ella, como ocurre en el relato “El doble sacrificio”.<sup>23</sup> Junto a la habitación de la señora está también la de una criada de especial confianza.

La habitación del señor está separada del dormitorio de la señora, a veces en el extremo opuesto de la casa.<sup>24</sup> El hombre puede tener también un gabinete con una biblioteca o con aparatos gimnásticos.<sup>25</sup> Sus animales de compañía, a diferencia de los que elige la mujer, son galgos o podencos, perros relacionados con el masculino deporte de la caza. Por otra parte, si la señora elige para que le ayude en las tareas domésticas y le haga compañía una o varias criadas, el señor tiene un criado e incluso en algunas casas aristocráticas podía encontrarse todavía un «bufón o gracioso, que recuerda, si bien por lo rústico, al lacayo de nuestras antiguas comedias». <sup>26</sup> En términos generales el hombre estaba en sus habitaciones menos tiempo que la mujer en las suyas, tanto por trabajar fuera como por pasar buena parte de su tiempo de ocio en el Casino —o antes de que existieran éste la Casilla—, donde «se leían los periódicos, se fumaba, se charlaba y se jugaba a la malilla, al tresillo, al truquiflor y al tute, y tal vez al ajedrez, al dominó y a las damas». <sup>27</sup>

En suma, es en las dependencias femeninas mucho más que en las masculinas donde encontramos ese sentido de la domesticidad y el confort del que habla Witold Rybczynski: «La domesticidad tiene que ver con la familia, la intimidad y una consagración al hogar, así como una sensación de que la casa incorpora esos sentimientos, y no solo les da refugio». <sup>28</sup>

### 3. Corrales y casas de vecinos

La España liberal dejó el problema de la vivienda en manos de la ley de la oferta y la demanda, desentendiéndose de cualquier iniciativa pública incluso cuando los países más avanzados de Europa señalaban que este era el camino. En una sociedad donde las clases populares vivían al día y donde las clases medias tenían escasa capacidad de ahorro, era imposible comprar viviendas —la banca estaba poco evolucionada y no existían los actuales préstamos hipotecarios— y el arrendamiento era la única opción para ellas en un mercado donde los propietarios inmobiliarios veían con recelo, y bloqueaban en los Ayuntamientos, las iniciativas de ampliación del suelo urbano que pudieran devaluar sus propiedades. Los edificios de nueva fábrica que los promotores inmobiliarios levantaron para las clases populares fueron los corrales de vecinos, cuyas angostas salas abiertas a un patio común eran lo único que podían pagar quienes trabajaban a jornal. También las viejas casas señoriales abandonadas por sus

---

<sup>23</sup> En el cuento “El doble sacrificio”, ambientado en 1842 la protagonista es una joven cuya habitación es descrita así: «Isabelita duerme en un cuarto interior, para salir del cual tendría que pasar forzosamente por la alcoba en que duerme su madrastra, y apoderarse, además, de la llave, que su madrastra guarda después de haber cerrado la puerta de la alcoba». Valera, *Obras completas...*, 250.

<sup>24</sup> «Doña Ana moraba en las habitaciones altas. El Doctor, con toda independencia, en el piso bajo». Valera, *Las ilusiones...*, 114.

<sup>25</sup> Valera, *Las ilusiones...*, 56 y 114.

<sup>26</sup> Valera, ensayo “La Cordobesa” ..., 959.

<sup>27</sup> Valera, *Juanita...*, 154.

<sup>28</sup> Witold Rybczynski, *La casa: historia de una idea* (Madrid: Nerea, 1999), 84.

antiguos inquilinos fueron reconvertidas en pequeños corrales, con un patio común y angostas viviendas tras los pórticos de los patios.<sup>29</sup>

Estos hacinados alojamientos no conocían las comodidades burguesas que daban sentido a la palabra hogar, pues obligaban a vivir a las personas en unas condiciones que no estaban lejos de las que se sufrían en las abigarradas ciudades medievales. De hecho, si a mediados del siglo XIV el fuerte crecimiento demográfico de los siglos precedentes fue diezmando por la peste, las ciudades liberales, pese a todos los sorprendentes inventos y descubrimientos del siglo XIX, vivieron dramáticas epidemias; todavía en 1885 el cólera morbo causaba miles de muertos en Andalucía, en particular en los barrios pobres donde el hacinamiento y la mala calidad del agua creaba el caldo de cultivo idóneo.

Un corral tenía una fachada sobria que en nada la distinguía de cualquier otra casa popular. En la fachada podía estar la vivienda de la casera, la cual muchas veces era también la que hacía de portera para tener un cierto control de quién entra y quién sale y, desde luego, estar al día de los pagos y organizar la vida de este organismo pluricelular; ella es la «reina del corral» a decir de Luis Montoto (1883).<sup>30</sup> El acceso solía ser un estrecho zaguán o un largo pasillo que conduce al patio. Generalmente se accedía a las viviendas mediante unas galerías —aunque si el corral era de una sola planta no las había—, sostenidas por pies derechos. Las galerías no siempre se habrían francas al patio, pues las ropas tendidas eran omnipresentes.

Las viviendas, llamadas salas, se componían habitualmente de dos habitaciones (sala de estar y dormitorio), disponiendo una familia con prole numerosa de un espacio que se estima en unos veinte metros cuadrados.<sup>31</sup> La ventilación de tan agobiantes viviendas podía limitarse a la puerta de acceso y a una ventana. El mobiliario solo podía ser muy reducido y pobre, y con frecuencia algunos objetos estaban en la casa de empeños<sup>32</sup>. Delante de cada vivienda, sea en el patio o en las galerías, la unidad familiar se apropiaba sin acotarlo de un espacio donde desarrollaba actividades no solo domésticas, sino también productivas, como tejer. Durante la noche podía ser necesario incluso sacar algún mueble a la galería para poder hacer sitio a la hora de dormir.<sup>33</sup>

No es de extrañar, pues, que la mayoría de las actividades se desarrollen en el patio, donde hay elementos fundamentales para la vida cotidiana: hornillas para cocinar, lavaderos (sean

<sup>29</sup> En 1883 Luis Montoto hacía unas distinciones entre casa de vecinos, casa de partido y corrales que resultan en exceso precisas para los objetivos de este trabajo, pues la arquitectura que nos encontramos en la compleja realidad no suele presentar tan nítidas fronteras, y menos la condición social de sus habitantes [Luis Montoto y Rautenstrauch, *Los corrales de vecinos: costumbres populares andaluzas* (Sevilla: Editorial Castillejo, 1996), 32]. Un planteamiento muy cercano al de Luis Montoto en: Francisco Morales Padrón, *Los corrales de vecinos de Sevilla: informe para su estudio* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1974), 11. Aquí prefiero sumarme a Alida Carloni quien engloba bajo un único término varias tipologías de difícil precisión (corrales, casas de vecinos, casa patio, patios de vecinos, casa de partidos...): «podemos definir un corral de vecinos como una casa multifamiliar que se estructura en torno a un patio común» [Alida Carloni Franca, "Los corrales de vecinos", en *Arquitectura vernácula. Proyecto Andalucía, Antropología, III* (Sevilla: Publicaciones Comunitarias, 2001), 29]. Los tipos de corrales y casas de vecinos en la Andalucía de la segunda mitad del siglo XIX los he abordado en: Juan Manuel Barrios Rozúa, "Género y vivienda: corrales y casas de vecinos en la ciudad liberal (1874-1898)", en *Arquitectura y mujeres en la historia*, ed. por Elena Díez Jorge (Madrid: Editorial Síntesis, 2015), 341-364.

<sup>30</sup> Montoto y Rautenstrauch, *Los corrales...*, 36, 38 y 40.

<sup>31</sup> Carloni Franca, "Los corrales...", 142; y Ramírez Laguna, "Arquitectura...", 308-311.

<sup>32</sup> Una descripción del mobiliario que podía encontrarse en una sala de un corral sevillano allá por 1883 en: Montoto y Rautenstrauch, *Los corrales...*, 46.

<sup>33</sup> Así se puede ver en una descripción de una vivienda realizada por el novelista Martínez Barrio en *Paca Cielo*, recogida en: Francisco García Gómez, *La vivienda malagueña del Siglo XIX. Arquitectura y sociedad* (Málaga: Cajamar, 2000), 963.

pilas de obra o sencillos lebrillos y barreños), tendederos, aljibe, retretes, cloaca o en su defecto un pozo negro. Estos elementos no siempre están presentes, en particular el agua, que en algunos casos los vecinos debían tomar de alguna fuente próxima, sin despreciar la que se capturaba de las lluvias. Pero si el patio es muy grande y dispone de la mayoría de estos medios puede tener tal vitalidad que parezca la plaza central de un pueblo, no faltando vendedores ambulantes que ofrecen en él sus modestas mercancías.<sup>34</sup> El patio puede estar amenizado por plantas que brotan con cierta anarquía del empedrado y macetas acumuladas para formar masas vegetales; y por él pululan perros, gatos, gallinas e incluso algún cerdo y cabra. Además, no era raro ver que algún rincón del patio se convertía en perenne trastero. Así que la limpieza de estos patios colectivos podía dejar mucho que desear y empeoraría notablemente con las lluvias si no tenía buenos sumideros. En fin, el patio es tan importante que el concepto dentro-fuera perdía sentido, a decir de la antropóloga Alida Carlina Franca.<sup>35</sup>

#### 4. La vida en un corral de vecinos en Sevilla

Señalaba Luis Montoto que a «las diez de la mañana el corral queda entregado a las mujeres y a los pocos vecinos que en él trabajan».<sup>36</sup> Ellas no solo realizan las duras faenas domésticas que tan precaria residencia hace más penosas, sino que muchas ganan algún dinero realizando labores de tejido o costura, o prestando servicios domésticos en domicilios acomodados. Las hijas las confiaban a la escuela de la miga, donde aprendían poco más que doctrina católica, y los niños o iban a colegios o trabajaban como aprendices en talleres. Solo al anochecer come la familia reunida, pues a medio día el hombre ha realizado un ligero almuerzo en su lugar de trabajo.<sup>37</sup> Sin embargo, lo poco acogedor que resulta este hogar hacinado ayuda a explicar que no pocos hombres ni siquiera acudan a esta cena familiar y prefirieran la taberna que tanto condenan los moralistas.<sup>38</sup> Tras la cena la mujer muchas veces debe afrontar, rendida, unas últimas tareas domésticas. En fin, la aportación de la mujer a la unidad familiar no sería mensurable desde el punto de vista del mercado laboral, salvo que una parte de su trabajo se orientara a él con tareas en otros domicilios, pero constituía cuanto menos el soporte básico.

Los domingos y días festivos el corral presentaba un aire muy diferente, más bullicioso, no solo porque no había niños en las escuelas o talleres, sino porque los hombres no debían acudir al trabajo. Eso no quiere decir que todos permanecieran ociosos, pues, tal y como nos muestran algunas postales costumbristas, eran los días que podían realizar los remiendos de sus herramientas y utensilios domésticos, ayudar a sus mujeres, etc. En los días de carnaval y de fiestas religiosas (Navidad, Semana Santa, día de la Cruz) los vecinos podían ponerse de acuerdo para embellecer el patio y borrar las huellas de la pobreza durante unas horas o días. Por otra parte, si la familia disponía de algunos ingresos celebraba los bautizos o las bodas en compañía de los habitantes del corral, que se volcaban en la celebración engalanando el

---

<sup>34</sup> Montoto y Rautenstrauch, *Los corrales...*, 43.

<sup>35</sup> Carlóni Franca, "Los corrales...", 133 y 136.

<sup>36</sup> Montoto y Rautenstrauch, *Los corrales...*, 49.

<sup>37</sup> «Reunidas las familias en sus respectivas salas, siéntanse padres e hijos a la mesa y comen lo poco que pueden comer en Andalucía los que viven del trabajo manual». Montoto y Rautenstrauch, *Los corrales...*, 55-56.

<sup>38</sup> Véase un interesante testimonio de 1877 en: García Gómez, *La vivienda...*, 977. Luis Montoto le dedica un capítulo de sabor costumbrista en: Montoto y Rautenstrauch, *Los corrales...*, 59-67.

patio.<sup>39</sup> Estas fiestas, unidas a la convivencia cotidiana, generaban lazos de solidaridad entre los vecinos.<sup>40</sup> Pero en estos edificios también estaban los inquilinos que, empujados por la miseria, cambiaban continuamente de domicilio, por lo que no consolidaban lazos con la vecindad.

Un colorido retrato de un corral de vecinos nos lo ofrece el escritor Armando Palacio Valdés en su novela *La hermana San Sulpicio* (1889), ambientada buena parte de ella en Sevilla. Al corral que visita el protagonista, ubicado en el barrio de Triana y llamado *La Parra*, se accedía por un pasadizo y un primer patio angosto, cubierto en parte por una parra que trepaba por una precaria pérgola de palos. Se accedía a continuación a un gran recinto cuadrilongo empedrado, en torno al cual había más de cuarenta salas, algunas alojando dos o tres familias con numerosos chiquillos. Como hacía una calurosa noche de verano todas estas salas tenían las puertas abiertas dejando pasar la luz de la luna. El patio estaba muy animado, con muchos niños por todas partes, mujeres sentadas en las puertas de sus viviendas, hombres charlando, otros entonando unas carboneras. Los vecinos no obstante se acostaban pronto, pues casi todos eran braceros y debían madrugar. A pesar del elevado número de habitantes y las precarias instalaciones, el personaje que recorre el corral insiste varias veces en la limpieza tanto de las zonas comunes como de la vivienda en la que entra, de la que dice: «Todo despedía un olor de limpieza y curiosidad que me fue grato». Sorprendido se lo comenta a una muchacha, la cual le responde: «El lujo del pobre: mucha escoba y mucho trapo». La muchacha le relató que «Las viviendas en los corrales salen más baratas; pero hay todos los días reyertas sobre si el pozo, sobre si la alberca, sobre si la ropa, etc., que hacen la vida más fastidiosa», a lo que había que sumar la tiranía de la casera.<sup>41</sup>

## 5. La vida en una casa de vecinos en Granada

En Granada contamos con numerosos testimonios gráficos que, confrontados con los relatos de los viajeros y la literatura costumbrista, nos muestra como la vida en la casa de vecinos era análoga a la de un corral, solo que el edificio era una casa señorial adaptada al nuevo fin, y en consecuencia con una distribución más confusa. Una interesante descripción sobre la vida en uno de estos edificios nos la ofrece el escritor Matías Méndez Vellido (1898) en un relato que ubica en una casa del Albaicín con vistas al valle del Darro, en la zona de los Axares. El edificio, regentado por una casera que vive en él, es una «antigua y destartada casa» en la que habitan unas seis familias repartidas «en los cuartos interiores y en los bajos del edificio». La protagonista del relato ocupa el «de más lujo y comodidad», que cuenta con la ventaja de ser luminoso y alegre, y de disponer de «dos salas de regulares dimensiones», separadas por una cortina. Una habitación sirve «de cocina, comedor y recibimiento, y la otra de alcoba».<sup>42</sup> Pero lo que el escritor describe con más detalle es el patio, donde se realiza la mayor parte de la vida no solo de los inquilinos de la casa, sino también de personas de las calles vecinas:

<sup>39</sup> Montoto y Rautenstrauch, *Los corrales...*, 69-85 y 97-116.

<sup>40</sup> Morales Padrón constató en 1974 que algunas inquilinas de corrales al mudarse a apartamentos de bloques modernos echaban de menos su estrecha relación con los vecinos. Véase: Morales Padrón, *Los corrales...*, 60-64.

<sup>41</sup> Armando Palacio Valdés, *La hermana San Sulpicio* (The Project Gutenberg, 1889), edición electrónica, cap. XI.

<sup>42</sup> Relato titulado «Los bigotes de la chacha», publicado en junio de 1898 y compilado en: Matías Méndez Vellido, *Novellitas granadinas* (Granada: Imprenta de El Defensor de Granada, 1905).

El patio con ser holgado, era chico según las comadres y chiquillos que pululaban en todas direcciones. Verdadera dehesa comunal, servía de esparcimiento, durante el día, a los de la casa y a muchos de los alrededores que se albergaban en tugurios desprovistos de ventilación y de espacio donde extenderse y alargar las piernas.

Rodeando el estanquillo del centro, había jaulones de gallinas, lebrillos de lavar y anafres encendidos en que hervía la olla, al cuidado de la madre de familia atareada, que tenía que acudir a varias y repetidas cosas a la vez. Esto sin contar los innúmeros cachirulos, latas y recipientes sembrados de flores y de yerbas olorosas, que después de ocupar los poyos desmochados se extendía en amable desorden por doquiera.

Los cenadores, umbrosos y húmedos, eran almacén de los útiles y artefactos que subvenían a las necesidades de los hombres y mujeres de oficio. Hormas de arrasado, tornos de tejer cinchas y pretales, devanaderas, huesos de animales para canillas, espuestas de pleita llenas de telas y forros de percalina para la confección de chalecos y almillas. Por los rincones, desperdigadas y revueltas, tabletas y palitroques de un telar descompuesto, cañas de blanquear, escobillas arrumbadas, cubos hechos pedazos, zapatos y botillos ocupando una mesa de obra prima, atestada de retales y cascarrías; y todo esto entre basuras, telarañas y los desperdicios del día, apilados de tramo en tramo, para mejor comodidad de las gallinas y pavipollos que cacarean y se esponjan de gusto, merodeando de uno en otro montón.<sup>43</sup>

La amable descripción de este escritor costumbrista contrasta con la más cruda que hace el periodista José Romera y Guger (1886), que al adentrarse en el Albaicín califica las casas de vecinos de «pocilgas» donde «en oscuras, reducidas y sucias habitaciones, multitud de familias apiñadas» respiran un aire contaminado por las inmundicias que se acumulan.<sup>44</sup>

## 6. Conclusiones

En la casa señorial nos encontramos con todo un derroche de espacio que permite en verano trasladar la vida a la planta baja y el patio, o incluso tener dos comedores y dos salones, destinados unos al uso diario y otros a los días especiales. Por otra parte, el señor y la señora cuentan con habitaciones propias, que en el caso de la mujer pueden ser tres dependencias consecutivas: alcoba, tocador y despacho. Mientras el hombre desarrolla su trabajo y vida social fuera de la casa, la mujer domina en el hogar andaluz. En la vivienda señorial habitada por un matrimonio es la señora la que ejerce su control encargándose de su cuidado y disfrutándola durante la mayor parte del día.

En contraste con las casas de las familias acomodadas, donde se podía encontrar una clara distinción de ámbitos domésticos y un reflejo en ellos de su uso por mujeres y hombres, en los corrales y casas de vecinos la diferencia de género se nos muestra de una manera muy diferente. No es en realidad dentro de la vivienda o sala donde encontramos una distinción de géneros, sino en el patio. Durante la mayor parte del día los hombres están ausentes y una parte de los niños en la escuela o en la calle, siendo las mujeres las que usan este espacio casi en exclusiva. En el patio o en las galerías, más que en sus estrechas salas, las mujeres realizan las penosas tareas domésticas que son cruciales para la vida de la unidad familiar. A veces también hacen una aportación en dinero mediante labores de tejido, costura o lavandería. Al atardecer la vida en el patio cambia, pues no solo encontramos a todos los

---

<sup>43</sup> Méndez Vellido, *Novelillas...*, 28-29.

<sup>44</sup> *El Defensor de Granada*, 6 enero 1886.



géneros y edades en promiscuidad, sino a personas de calles vecinas que acuden a un espacio que funciona como una plaza semipública. Es cierto que incluso en esas horas puede haber menos hombres que mujeres, porque aquellos prefieren como lugar de sociabilidad las tabernas o las plazas.

En el último cuarto del siglo XIX el atraso en el que vive sumida Andalucía, respecto a Inglaterra, Alemania o los Estados Unidos, provoca un reducido impacto de los progresos tecnológicos que están revolucionando la vida doméstica. El agua corriente y el gas llegan a pocos hogares en las ciudades y brillan por su ausencia en los pueblos, y la electricidad aparece tarde y solo tendrá eco en el alumbrado público. Por lo tanto, la liberación o aceleración de tareas que supondrá para las mujeres la irrupción de electrodomésticos está por llegar y, en consecuencia, sigue siendo necesario en las viviendas señoriales emplear a un elevado número de personas en el servicio doméstico, principalmente mujeres. Para preservar la intimidad de los señores los empleados del hogar se alojan por separado llegando incluso a ocupar una vivienda paralela. Mientras tanto, en las casas y corrales de vecinos sigue viviéndose según los parámetros del pasado preindustrial y la mujer realiza, con la incomodidad de sus pobres recursos, las tareas del hogar.

Donde sí es muy evidente el impacto de la Segunda Revolución Industrial es en la multiplicación de los objetos en las viviendas señoriales. Las personas acomodadas no solo van a Madrid, sino que el viaje a París es frecuente entre ellas, y están totalmente al tanto de la existencia de objetos que permiten hacer más confortables y bellas sus viviendas. El mobiliario se multiplica rompiendo con la austeridad que había caracterizado las casas solariegas en el pasado. Muebles de fabricación regional comparten espacios con muebles importados, y tanto objetos útiles como *bibelots* invaden todos los rincones. La modernidad es lo contrario de minimalismo, la modernidad es la invasión del hogar por los productos de la revolución industrial dando lugar a esos abigarrados interiores que podemos apreciar en las pinturas de la época: papeles pintados, sillones, sillas, aparadores, cojines, cuadros, floreros...

Las mujeres acomodadas siguen siendo tradicionales en sus creencias religiosas, algo que ponen de manifiesto las imágenes católicas y los libros devocionales. La separación de las habitaciones del señor y la señora encaja con la rígida separación de sexos exigida por el clero católico. Pero esta solo podía realizarse en la vivienda señorial, mientras que en las viviendas populares el hacinamiento, la falta de intimidad, el uso polivalente de los espacios o la escasa distinción entre el exterior y el interior, imposibilitan el ideal de hogar cristiano, el cual era en la práctica un ideal rural que solo las familias acomodadas podían trasplantar a la ciudad. No en vano en las novelas de Juan Valera vemos como las señoras tienen en su círculo de amigos íntimos a un sacerdote, al que agasajan invitándolo a comer o a tertulias, algo que no pueden permitirse las clases populares.

## Bibliografía

Agudo Torrico, Juan. "Vivienda tradicional". En *Arquitectura vernácula*, 61-106. Sevilla: Publicaciones Comunitarias, 2001.

Barrios Rozúa, Juan Manuel. "Vivienda y género en la Andalucía de Juan Valera". *Arenal*, n.º 21 (2014): 47-68.

-----. "Género y vivienda: corrales y casas de vecinos en la ciudad liberal (1874-1898)". En *Arquitectura y mujeres en la historia*, editado por Elena Díez Jorge, 341-364. Madrid: Editorial Síntesis, 2015.

Camesasca, Ettore, ed. *Historia ilustrada de la casa*. Barcelona-Madrid: Noguer, 1971.

Carlóni Franca, Alida. "Los corrales de vecinos". En *Arquitectura vernácula. Proyecto Andalucía, Antropología, III*, 129-146. Sevilla: Publicaciones Comunitarias, 2001.

*El Defensor de Granada*, 6 enero 1886.

Ford, Richard. *Andalucía*. Vol.2 de *Manual para viajeros por España y lectores en casa: sobre el país y sus ciudades, costumbres de sus habitantes, su religión y sus leyendas, las bellas artes, la literatura, los deportes, la gastronomía y diversas noticias sobre su historia*. Madrid: Turner, 2008.

García Gómez, Francisco. *La vivienda malagueña del Siglo XIX. Arquitectura y sociedad*. Málaga: Cajamar, 2000.

Méndez Vellido, Matías. *Novelillas granadinas*. Granada: Imprenta de El Defensor de Granada, 1905.

Montoto y Rautenstrauch, Luis. *Los corrales de vecinos: costumbres populares andaluzas*. Sevilla: Editorial Castillejo, 1996.

Morales Padrón, Francisco. *Los corrales de vecinos de Sevilla: informe para su estudio*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1974.

Palacio Valdés, Armando. *La hermana San Sulpicio*. The Project Gutenberg, 1889. Edición electrónica.

Ramírez Laguna, Arturo. "Arquitectura popular. La vivienda tradicional en la provincia de Córdoba". En *Córdoba*, 290-319. Córdoba: Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, 1985.

Rybczynski, Witold. *La casa: historia de una idea*. Madrid: Nerea, 1999.

Valera, Juan. *Juanita la Larga*. Madrid: Castalia, 1985.

-----. *Pepita Jiménez*. Madrid: Espasa-Calpe, 1963.

-----. *Las ilusiones del doctor Faustino*. Madrid: Castalia, 1970.

-----. *Obras completas, I*. (3 vols.). Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 1995.

-----. *Doña Luz*. Madrid: Iter ediciones, 1970.



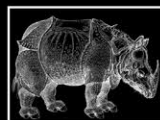
Quid, qui emittitios nulquam non iactat ocellos?  
Hoc agit, vt pandas mors inuolet atra fenestras.

Wat doet hy, die syn vogh int sien niet en betwaert?  
Hy heft die venstere hoogh, al waer de doot inwaert.

Qui laisse s'esbatre / Sa veue folatre / Quel malheur l'attend?  
La mort æternelle / Par ces trous eschelle / L'ame, et la surprind.



UNIVERSIDAD  
DE GRANADA



MADRID 2019

ABADA EDITORES  
LECTURAS DE ARQUITECTURA

ISBN: 978-84-17301-24-8

